

Sobre la educación estética del hombre

UNA SERIE DE CARTAS DIRIGIDAS AL DUQUE HOLSTEIN - AUGUSTENBURG POR FEDERICO SCHILLER.

(Ver No. 50)

15.^a CARTA

Me aproximo cada vez más al fin hácia el que conduzco a Vd. por un sendero poco divertido. Confórmese con seguirme aún algunos pasos más y se abrirá a sus miradas un horizonte amplio y una risueña perspectiva compensaría quizás las fatigas del camino.

Expresado en un concepto general, el objeto del instinto sensible se llama *vida* en su significación más lata : noción que significa toda existencia material y todo el presente inmediato en los sentidos. El objeto del instinto formal, expresado en un concepto general, se llama *forma*, tanto en sentido propio como figurado: noción que abarca todas las cualidades formales de las cosas y todas sus relaciones con las facultades intelectuales. El objeto del instinto de juego, representado en una fórmula general, podrá, pues, llamarse *forma viviente*: noción que sirve para indicar todas las cualidades estéticas de los fenómenos, y, en una palabra, lo que se llama, *belleza*, en su sentido más amplio.

Por esta definición, si lo fuese, lo bello ni se extiende sobre toda la esfera de lo vivo ni está encerrado únicamente en ella. Un bloque de mármol a pesar de ser y permanecer inanimado, puede, no obstante convertirse en forma viviente bajo la mano del arquitecto o del escultor; un hombre a pesar de que vive y tiene forma no es, ni por mucho, por eso, una forma viviente.

Para eso se requiere que su forma sea vida, y su vida forma. Mientras no hagamos más que pensar sobre su forma, es inanimada, es abstracción pura; mientras que solamente sentimos su vida, ésta es informe, es pura impresión. Solamente al vivir su forma en nuestro sentimiento y formarse su vida en nuestro entendimiento, es forma viviente, y éste será siempre el caso cuando le juzguemos bello.

Pero porque podemos indicar los elementos constitutivos que, en su reunión, producen la belleza, no se explica todavía de ninguna manera su génesis, puesto que para ello sería preciso comprender esa *reunión misma* que permanece impenetrable para nosotros, como, en general, toda correlación entre lo finito y lo infinito. En virtud de un principio trascendental, la razón exige que haya comunión entre el instinto formal y el instinto material, es decir, que haya un instinto de juego, porque la idea de la humanidad no se consume sino por la unidad de la realidad y de la forma, de la contingencia y de la necesidad, de la pasividad y de la libertad. La razón debe plantear este postulado, porque está en su esencia la tendencia a la perfección y a la supresión de toda barrera, y porque cada acción exclusiva del uno o del otro instinto, deja la naturaleza humana incompleta y levanta una barrera dentro de ella. Cuando dice, pues: "Debe existir una humanidad", plantea también, por lo mismo, esta ley: "Debe haber una belleza". La experiencia puede decirnos si hay belleza y lo sabremos cuando nos ha enseñado si hay humanidad. Pero el *como* puede haber belleza y como es posible una humanidad, eso no nos podrá enseñar ni la razón ni la experiencia.

El hombre, lo sabemos, no es ni exclusivamente materia ni exclusivamente espíritu. Lo bello, como consumación de su humanidad, no puede, pues, ser exclusivamente vida pura, como han afirmado observadores perspicaces que se han atenido con exagerado rigor al testimonio de la experiencia, y a lo que quisiera degradarla el gusto de la época; pero tampoco puede ser exclusivamente forma pura, como se ha dicho por filósofos especulativos, que se alejaron demasiado de la experiencia, y por artistas filosofantes, que, en la explicación de lo bello se deja-

ron guiar demasiado por las necesidades del arte (1); lo bello es objeto común de dos instintos, es decir, del instinto de juego. Esta denominación está completamente justificada por el uso del lenguaje que acostumbra designar con la palabra juego, todo lo que no es contingente ni subjetiva ni objetivamente, y que no obstante no obliga ni exterior ni interiormente. Como el alma se halla ante la intuición de lo bello, en un medio feliz entre la ley y la necesidad, está precisamente porque se divide entre las dos, sustraída a la coerción tanto de una como de otra. El instinto material como el instinto formal toman en serio sus postulados, puesto que en el conocimiento, el uno se refiere a la realidad, el otro a la necesidad de las cosas; puesto que, en la acción el primero tiende a la conservación de la vida, el segundo al mantenimiento de la dignidad, y que, desde luego, ambos tienen por objeto la verdad y la perfección. Pero la vida se hace más indiferente no bien interviene la dignidad y el deber no violenta más cuando la inclinación arrastra: del mismo modo, el alma acepta más tranquila y libremente la realidad de las cosas, la verdad material, cuando aquella se encuentra con la verdad formal, con la ley de la necesidad, y no se encuentra más absorbida por la abstracción, cuando la intuición inmediata puede acompañarla. En una palabra: al entrar en comunión con ideas, lo real pierde su severidad porque se hace *pequeño*; y lo necesario pierde la suya al encontrarse con el sentimiento porque se hace *fácil*.

Pero, estará usted tentado de objetarme hace tiempo: ¿No se empequeñece lo bello, al hacerlo un puro juego, y equipararlo con los objetos frívolos designados en todo tiempo con esa palabra? ¿No está en contradicción con la idea racional y la dignidad de la belleza, que se considera como un instrumento de cultura, de restringirla a un puro juego, y no contradice a la noción experimental del juego, que puede subsistir con exclu-

(1) Para Burke, en sus investigaciones filosóficas sobre el origen de nuestras ideas de lo bello y de lo sublime, la belleza es vida pura. Pura forma es, en mi entender, para todos los adherentes del *sistema dogmático* que han hecho su profesión de fe acerca de este punto. Entre los artistas citaría yo, omitiendo a otros, a Rafael Mengs, en sus *Pensamientos sobre el gusto en la pintura*. Sobre este punto, como sobre todos los otros, la filosofía crítica ha abierto el abismo para reducir el empirismo a principios y la especulación a la experiencia.

sión de toda especie de gusto, de limitarla solamente a la belleza? ¿Pero qué significa un *puro* juego, desde que sabemos que entre todos los estados del hombre justamente el juego, y *solamente* el juego es lo que le hace completo y desarrolla a la vez su doble naturaleza? Eso que usted, desde su punto de vista llama *limitación*, yo, según mi manera de ver que tengo justificada con pruebas, le llamo *extensión*; diría, pues, más bien al revés: "El hombre toma *solamente* en serio lo agradable, lo bueno, lo perfecto; pero con lo bello, juega. Sin duda, no debemos pensar aquí en esos juegos, en uso en la vida real, que de ordinario no se refieren más que a objetos muy materiales; pero en vano buscaríamos también en la vida real la belleza de la cual aquí se trata. La belleza realmente existente es digna del instinto de juego realmente existente; pero por el ideal de belleza que postula la razón, se plantea también un ideal del instinto del juego que el hombre en todos sus juegos debe tener siempre delante.

No se puede equivocar siguiendo, para hallar el ideal de belleza que se forja un hombre la vía que sigue el mismo para satisfacer su instinto de juego. Si los pubelos de Grecia se regocijan ante los combates incruentos de la fuerza, de la rapidez, de la agilidad, y ante la lucha más noble aún de los talentos; y si la plebe romana se deleita al contemplar la agonía de un gladiador vencido o la de su adversario líbico, ese solo rasgo nos basta para comprender porqué debemos buscar no en Roma, sino en Grecia, las figuras ideales de una Venus, de una Juno, de un Apólón (1). Pero la razón dice: "Lo bello no debe ser ni pura vida ni pura forma, sino forma viviente, es decir belleza, al dictar al hombre la noble ley de la absoluta formalidad y de la absoluta realidad. Por consiguiente, dice también: "El hombre debe *solamente* jugar con lo bello, y debe *jugar solamente con lo bello*".

(1) Si para no salir del mundo moderno, se compara a las carreras de Londres, las corridas de toros de Madrid, los espectáculos del París de antaño, las regatas de góndola de Venecia, las cacerías en Viena y la vida hermosa y alegre del corso de Roma, no será difícil diferenciar comparativamente el gusto en esos diferentes pueblos. Sin embargo se evidencia mucha menos uniformidad en los juegos populares de estos diferentes países que en los de las clases cultas, lo que se explica fácilmente.

Una vez por todas y para concluir, el hombre juega solamente donde es hombre en el pleno significado de la palabra y es *hombre completo* solamente, cuando *juega*. Esta proposición que a primera vista parecería quizá paradójica, ha de adquirir un sentido importante y profundo, cuando llegue uno a aplicarla a la doble severidad del deber y del destino; sustentará se lo aseguro a Vd. el edificio entero del arte estético, y del arte de la vida más difícil aún. Pero en la ciencia únicamente es donde esta proposición es inesperada; desde mucho tiempo há, vivía y obraba en el arte, y en el sentimiento de los griegos sus maestros más excelsos; solo que colocaron en el Olimpo lo que debería realizarse en la tierra. Guiados por esta verdad, ellos apartaron de la frente de los bienaventurados dioses la seriedad y el trabajo que arrugan las mejillas de los mortales, y apartaron el placer frívolo que deja el rostro vacío de expresión; libraron a los eternamente contentos, de las cadenas de todo deber, de todo fin, de toda preocupación, y hicieron del *ocio* y de la *indiferencia* la envidiable suerte de la divinidad: nada más que un nombre algo más humano para el ser más libre y sublime.

Tanto la violencia material de las leyes de la naturaleza, lo mismo que la violencia espiritual de las leyes morales se desvanecieron en su idea más alta de la necesidad, que abarcan a la vez ambos mundos, y solo de la identidad de aquellas dos necesidades procedió para ellos la verdadera libertad. Animados de este espíritu borrarón de los rasgos de su ideal junto con la *inclinación* también todos los rastros de la *voluntad*, ó mejor hacían ambos indistintos puesto que los sabían asociar en la unión más íntima. No es la gracia ni la dignidad lo que resalta en el rostro augusto de la Juno; no es ni una ni otra puesto que es una y otra a la vez. Mientras la diosa mujer provoca nuestra adoración, la mujer diosa inflama nuestro amor; pero mientras que nos abandonamos rendidos al encanto divino, nos sentimos rechazados por la austeridad divina. En sí misma descansa toda esta figura como una creación perfectamente cerrada como si estuviera fuera del espacio sin ceder y sin resistir. Allí, no hay fuerza que pudiese luchar contra

otras fuerzas, y no hay flaqueza donde pudiese irrumpir lo temporal. Por una parte irresistiblemente emocionados y atraídos, por otra detenidos a distancia, nos encontramos a la vez en la calma más completa y en la más viva agitación, y de ahí resulta aquella maravillosa emoción para la cual el entendimiento no tiene ningún concepto y el idioma ningún nombre.

J. P.